

ECUADOR.

LA REGENERACIÓN

Y

LA RESTAURACIÓN.

---

PRIMERO.

---

PANAMÁ, MAYO 30 DE 1884.

IMPRESA DEL "STAR & HERALD."

# LA REGENERACIÓN

Y

# LA RESTAURACIÓN.

---

En el mes de Octubre de 1882 hice una relación de la primera campaña contra la ominosa Dictadura del General Veintemilla. Tócame ahora presentar á mis conciudadanos una reseña de la segunda, y una breve narración de los actos principales posteriores á la victoria obtenida.

En el citado mes de Octubre, hallándome en Panamá, recibí de mis amigos de Quito la noticia de que ya tenían reunida una suma regular para evoluciones políticas. Supe al mismo tiempo que pronto me remitirían la cantidad de 25,000 pesos. Contaba yo

con esta base en mi firme propósito de emprender nuevas operaciones contra la Dictadura, cuando tuve conocimiento del horrendo crimen perpetrado por Veintemilla en la noche del 9 de Noviembre de 1882.

Desde ese momento pensé casi de un modo exclusivo en conseguir muy reservadamente un vapor para irme con algunos centenares de patriotas á Guayaquil, desembarcar en el muelle de la ciudad, y exterminar de una vez al mónstruo que habia ultrajado la honra nacional y los fueros de la civilización en la persona de Valverde y en la de Oña, desgraciados prisioneros de la primera campaña.

Durante la segunda quincena de Noviembre, presentóseme el joven Luis Vargas Torres, procedente de Guayaquil, y me ofreció sus servicios personales y algunos miles de pesos que habia traído para comprar armamento y abrir operaciones sobre Esmeraldas.

Traté de inclinar su ánimo en el sentido de que uniera esos recursos á los que debían venir de Quito, pero no logré mi objeto. Convencido entónces de que mi apoyo era indispensable para que la empresa del patriota Vargas no fracasara en su origen, tuve que tomar parte en la combinación. Vargas salió de aquí en el vapor del 27 de Noviembre, con el Coronel Pallares que acababa de llegar del Carchi; y el armamento, que constaba de unos 200 rifles y sus respectivas municiones, fué conducido en un buque de vela por mi hermano Medardo y los señores José Gabriel Moncayo, Manuel Ramírez, José Soto y el Capitán Suárez, que desempeñaba las funciones de piloto.

Yo permanecí esperando la ofrecida remesa de Quito para arreglar el vapor, tomar de paso á los patriotas de Esmeraldas y ejecutar el plan que habia resuelto.

El buque que llevaba las armas tuvo mal viaje y recaló á la costa. De allá los expedicionarios despacharon á Moncayo con el encargo de dar parte de la causa de la demora á los compañeros. Luégo continuaron sin alejarse del litoral, hasta que encontraron

una canoa grande en la cual colocaron los elementos de guerra. Mi hermano Medardo se embarcó en la canoa, y condujo hasta ponerlo en seguridad el escaso pero precioso cargamento.

Una vez que todo llegó á la Tola, los patriotas, á las ordenes de Pallares, Franco y Vargas, avanzaron hácia la capital de la heróica Provincia.

La noticia del atentado horrible del 9 de Noviembre había conmovido todos los ánimos, y había puesto en acción á los valerosos habitantes de dicha Provincia, quienes se hallaban resueltos á morir combatiendo antes que á sobrevivir después de la mancha arrojada sobre el honor nacional por el Dictador.

Don Pedro J. Gómez, Villacís y los demás actores del pronunciamiento del SEIS DE ABRIL se habían puesto en movimiento; y después de reunir unos 200 voluntarios mal armados, avanzaron hasta la hacienda *La Propicia*, distante dos leguas de Esmeraldas. Allí se incorporaron los expedicionarios de la costa, y pusieron los rifles sobrantes que llevaban, en manos de los voluntarios acaudillados por Gómez. Organizadas las fuerzas, marcharon en busca del enemigo que en número de 300 y al mando del Coronel Camba se habían atrincherado dentro de la población de Esmeraldas. El vapor *Huacho*, de la flota de la Dictadura, estaba á la sazón en la bahía.

El día 6 de Enero de 1883, avanzaron nuestras fuerzas, y apenas vieron al enemigo emprendieron resueltamente el ataque. Fué terrible el choque. El enemigo quedó aterrorizado y despedazado. Sus bajas no bajaron de cien.

Vidas preciosas nos costó ese glorioso combate. Los Jefes Hermógenes Cortés y José Proaño y el Capitán M. Ramírez perecieron entre otros, en defensa, de nuestra gran causa. El Coronel Franco y los Capitanes Vela y Carrillo salieron heridos. Nuestras bajas, en todo, llegaron á 39. Todos los patriotas, sin excepción, dieron pruebas de valor y de intrepidez.

Los enemigos quedaron por el momento en posesión de sus inexpugnables trincheras; y nuestras fuerzas, escasas de par

que, se mantuvieron en los alrededores en actitud ofensiva. La gente del Dictador cometió excesos atroces. Al incendio, agregó el día 7 el saqueo. Constantemente, hostilizada por los fuegos de la isla y del cerro, viendo su pérdida irremisible abandonó por la noche la ciudad y fugó á favor de la oscuridad embarcándose en el *Huacho*. Fué el enemigo á Manta, donde públicamente vendió las mercancías, producto inicuo de sus últimos y escandalosos crímenes. Es de notarse que á causa de la misma impetuosidad del ataque realizado por los patriotas, los defensores de Veintemilla pudieron salvarse: sin la precipitación del ataque del 6,—obra del entusiasmo—no habría escapado uno solo de caer prisionero.

La fuerza de la Regeneración ocupó la plaza, y el Jefe accidental de operaciones, Coronel Vargas, me envió parte oficial con el valiente y malogrado Mayor Gutierrez. El parte llegó á mis manos el 20 de Enero.

La noticia de lo ocurrido me obligó á no esperar más tiempo el auxilio ofrecido de Quito. Así pues, el 27 de Enero salí de aquí en el vapor *Arequipa*, junto con los Coroneles Melitón Veray F. H. Moncayo, Comandante Vargas Plaza, doctores Espinel y Carvalho y Mayor Samaniego. Por una conexión casual de los vapores me encontré en Buenaventura con el inteligente patriota don Manuel Semblantes, que venia trayendo una parte de la cantidad que me habian prometido de la capital. Semblantes y el doctor A. Cárdenas, me dieron la noticia de la ocupación de Quito por la fuerza de la Restauración. En Tumaco se me incorporaron el General Sotomayor y Nadal, los comandantes Navarrete y Haz, los doctores A. M. Borja, Pinillos y Marchán, y otras personas más.

Era mi situación bastante delicada, por la estricta neutralidad que guardaban las autoridades de Colombia. Vino felizmente en mi auxilio la simpatía personal de los colombianos; simpatía á que da origen, entre otras circunstancias, la importantísima de la uniformidad de propósitos y de ideas en el sentido de favorecer

la verdadera libertad. Contando con el patriotismo impetuoso de esos correligionarios, ningún poder humano habría podido impedir mi marcha.

En los primeros días de Febrero pisamos territorio ecuatoriano. El Coronel Centeno y el práctico Antonio de la Cruz se me habían unido conduciendo el armamento tomado por ellos en alta mar, de un buque de vela, y trasportado en canoas á nuestras playas. Colocamos estos 500 rifles Remington y 50,000 cápsulas en catorce canoas, y el día 8 salimos de Pianguapí, con todas las precauciones convenientes para salvar el cargamento en el caso de que nos encontrara un vapor enemigo que, según se me dijo, recorría la costa con el fin de capturarnos, ó por lo menos de impedirnos la marcha.

En la Tola hallamos un piquete de tropa, varios botes y una *chata* todo enviado de Esmeraldas para facilitar mis operaciones. Siéndome forzoso continuar el viaje por mar, se continuó la marcha, empleando las embarcaciones que más se prestaban á este importante servicio. De La Tola en adelante, fué mayor el peligro, por ser la costa muy poco accesible. Con doce horas de anticipación despaché al Comandante Vargas Plaza en la mejor de las chalupas, para que desempeñara las funciones de *descubierta*. Después seguimos nosotros. Consultando la hora de la marea, teníamos que pernóctar en el estero de Lagartos. Hallándome en marcha, se presentó una canoa enviada por Vargas Plaza para noticiarme que en la Punta de Mate se había encontrado él con el vapor *Huacho* y que se había escapado de la persecución de dicho vapor ganando la playa. Si bien en aquellos momentos nada se alcanzaba á ver por el horizonte, la situación era muy crítica, y demandaba rápidas resoluciones entre las cuales debia figurar como primera la de alterar el orden de la marcha para aprovechar del mejor modo posible el tiempo y el viento favorables. Hice rumbo con mi chalupa al bote que mandaba el doctor Borja; y por las señales que se le hicieron, logré que se acercara. Dispuse que sin demora se diera aviso del peligro á la *chata* nuestra que navegaba mar afuera, y que se trasmitiera la

orden terminante de dirigir la misma *chata* á la playa tan pronto como se divisara el vapor. El mar estaba borrascoso; la comisión era arriesgadísima. Borja me pidió uno de mis bogas para que ayudara á achicar su bote, y una vez conseguido ésto, partió. Comunicqué á las demás embarcaciones que debían seguir el rumbo de la chalupa-capitana.

La agitación del mar hizo temer que se perdiera la flotilla libertadora; pero en situación como esa por la cual atravesábamos había necesidad imperiosa de avanzar todo lo más que se pudiera, aprovechando la ausencia del vapor enemigo que á cada momento juzgábamos que se presentaría. Cuando vi regresar á Borja en su bote; cuando presencié el entusiasmo de los tripulantes que hacían esfuerzos para impedir que el bote, ya bastante cargado de agua, se hundiera totalmente; cuando vi la voluntad exquisita de todos, superior á los peligros, me sentí orgulloso, y dí nuevo vigor á mis esperanzas de acabar con la oprobiosa Dictadura que una vez más me obligaba á empuñar las armas. Algo semejante pasó con mi secretario doctor Pinillos y Monroy. Frente á Lagartos tuve necesidad de mandar una persona á inspeccionar ese lugar, y él se anticipó á pedirme la comisión. Díle la canoa que había venido de posta y partió en los momentos en que las enfurecidas olas amenazaban tragarnos. El intrépido Pinillos cumplió con su comisión después de haber escapado de ahogarse por haberse ido á pique su frágil embarcación poco antes de arribar á la playa.

Merced á la fuerte y favorable brisa se anticipó nuestra arribada al estero de Ostiones, cuyas inmediaciones estaban ya protegidas por fuerzas nuestras.

Al día siguiente pernoctamos en Río Verde, é inmediatamente envié á Esmeraldas la mayor parte del armamento, en las embarcaciones que todavía estaban buenas para efectuar esa operación. Un día después se divisó un buque de vela, sospechoso, y en seguida dispuse que se le reconociera. Resultó ser el buque que con más armamento conducía el audaz Comandante Ma-

rín. Las corrientes lo habían desviado del punto en donde se le esperaba. Circunstancia tan feliz abrevió la reunión de los elementos de guerra. Y mientras el *Huacho* se ocupaba en las inmediaciones en registrar y dismantelar un buque mercante extranjero, llegaba yo á Esmeraldas, después de haber recibido y despachado de allí el armamento.

Organizé en seguida mi Gabinete de este modo: Ministro de lo Interior y Relaciones Exteriores, D. Manuel Semblantes; de Hacienda, D. Federico Proaño; de Guerra y Marina, General Víctor Proaño. El último se separó por motivos de salud; nombré en su lugar al Coronel Franco.

Fué una de mis primeras providencias la supresión parcial del diezmo; y sentí que la escasez de recursos para los gastos más urgentes durante mi ausencia, me hubiera impedido realizar de una vez la supresión total. Quedó subsistente el diezmo, sólo sobre el tabaco y el cacao.

Era necesario avanzar sobre Manabí, y desalojar á los sostenedores de la Dictadura. Para satisfacer esa necesidad de la campaña emprendida, comencé por despachar la columna *SUR DE ABRIL*, que mandaba mi hermano José Luis con algún armamento. El viaje se emprendió en ocho botes que habia en el rio. El Coronel Centeno partió como Jefe de la vanguardia. Regresaron los botes después de dejar á los expedicionarios en la costa; y como no se presentó el vapor *Olmedo* que esperaba seria rescatado, salí en la madrugada del 24 de Febrero con armamento, siguiendo el rumbo de la vanguardia, y acompañado del personal que pudo acomodarse en diez botes. El Coronel Pallares marchó por tierra al frente de la columna *Colombia*. Dejé de Gobernador en Esmeraldas al honorable ciudadano Pedro J. Gómez y de Comandante de armas al patriota Antonio E. Macay.

Apenas llegué al esterón de Daule hice regresar las embarcaciones para que continuaran prestando el importante servicio de transporte. De la orilla del Daule fuí por tierra á Pedernales. La estación lluviosa dificultaba mucho la marcha. En Pedernales



encontré á mis amigos Dn. M. Gustavo Rodríguez y J. Nicanor Vásquez, que me habían traído la lancha de vapor *Lamar*, auxilio excelente en esas circunstancias. Dejé al General Sotomayor para que ayudado por la valiosa cooperación del Coronel Daniel Herrera, vecino del lugar, despachara las tropas y armas que llegaran de Esmeraldas, y me embarqué en el *Lamar* con una parte de mi Estado Mayor. Desembarqué en Cabo Pasado. Centeno, después de una penosísima marcha por tierra, acababa de llegar con sus fuerzas al puerto de Canoa. Conferencí con Centeno; y una vez que supe que la guarnición dictatorial de Bahía constaba de 50 hombres, le dí orden de avanzar al frente de la compañía de voluntarios de Pedernales, conocedores del terreno, para apoderarse de las embarcaciones que hubiera á la orilla del río, y tener así con que cruzarlo. El *Lamar* al mando del Coronel Vargas Torres, fué despachado á Bahía, con el objeto de que amagara por la entrada del puerto. Entretanto yo, emprendí viaje esa misma noche con el General Vera, el Coronel Franco, Rodríguez y Semblantes, y tomé en el pueblo de Canoa al "Seis de Abril." En el camino tuve aviso de que Centeno había ocupado á Bahía sin resistencia. El enemigo se había retirado.

Fué mi primer acto en Bahía nombrar Gobernador de la provincia á don Gustavo Rodríguez, jóven de probidad acrisolada. Luégo expedí un decreto en el cual ofrecía amnistía plena por delitos políticos en favor de los dictatoriales que depusieran las armas.

Presentáronseme en Bahía muchas personas notables de la Provincia. Entre ellas recuerdo á los doctores Feliciano López y Camilo Andrade y los jóvenes Zabala y Vivar, de Jipijapa; á don Zenón Sabando, el Coronel Zamora, el señor Solórzano y otros de Portoviejo y varios jóvenes de Manta y Montecristi.

La nueva de mi llegada á Bahía se esparció por la Provincia con asombrosa rapidez, y los pueblos en masa se pronunciaron contra la Dictadura, sin detenerse ante el inconveniente de la falta de armas.

Las fuerzas dictatoriales no pasaban de 600 hombres, concentrados la mayor parte en Portoviejo. En Chone habia una guarnición. Sabedor el enemigo del corto número de hombres con que fué ocupado Bahía, abrió operaciones, y marchó á Rocafuerte. Como no se emprendió ataque inmediato, dispuse que el Coronel Centeno con los voluntarios de Pedernales se dirigiera á Charapotó y provocara el enemigo. Despaché para Manta á mi hermano José Luis, y le di orden de ir á Charapotó al frente de los voluntarios que reuniera inmediatamente. Apenas llegó el Coronel Pallares con parte de la columna *Colombia*, emprendí el avance. Llevé 140 voluntarios, y dejé en Bahía al Comandante Ramón Valdés, como jefe de una pequeña guarnición, para que organizara á los compañeros que fueran llegando. Horas después de mi llegada á Charapotó recibí un refuerzo de 150 voluntarios mantuanos conducidos por mi hermano José Luis. El objeto principal de mi movimiento era aprovechar la desmoralización en que suponía estaba el enemigo, para evitar se retirara á Daule, reducirlo á sus posiciones y rendirlo, ó tenerlo cerca para batirlo en cuanto recibiera aviso de la presencia del *Huacho* que con tropas esperaba el enemigo en Manabí.

Pero sucedió que al mismo tiempo que yo pernoctaba en Charapotó, el enemigo verificaba su retirada de Rocafuerte. Esa retirada se volvió dispersión. La fuerza poderosa de la opinión pública derrotaba al enemigo sin combate. Mi aspiración en esa parte estaba satisfecha: el objeto de mis combinaciones no era otro que tomar á Manabí sin derramamiento de sangre. El General Ampuero, con los soldados de la dictadura que comandaba, llegó hasta la hacienda "La Custodia," y allí sin tener esperanza alguna de salvación, se acogió á la generosidad del vencedor. Sólo impuse la condición de que se me entregara el armamento. Les di pasaportes á los que quisieron seguir para Guayaquil, y no les exigí siquiera el compromiso de neutralidad acostumbrado en casos análogos.

Luégo que llegué á Portoviejo, el día 14 de Marzo, recibí un posta de Babahoyo, enviado por el General Barona. Sobre

el asunto de que dicho General me trataba, se publicaron en "El Nacional de Quito" (número 15, correspondiente al 21 de Abril de 1883), los documentos siguientes:

BOLETIN NUMERO 11.

*Quito, 30 de Marzo de 1883.*

Los acontecimientos van llegando ya á un pronto y feliz término.

Unidos todos los patriotas, el golpe dado al Dictador será certero y decisivo.

Los partidos, unidos tiempo há, proceden de acuerdo y simultáneamente.

Una sola idea agita á todos los ciudadanos: hundir la Dictadura para siempre y hacer reinar el imperio de la libertad y el orden.

Las comunicaciones, recientemente recibidas, dicen más que cuanto pudiéramos juzgar de la actual situación política.

Sabaneta, Marzo 26 de 1883. Señor General don Mariano Barona. Babahoyo. Muy estimado señor General:

Con mucha satisfacción, he leído su estimable.

La carta del General Alfaro es muy satisfactoria. Hoy se hace más necesario mi viaje al interior, y mi pronto regreso para combinar un ataque pronto y definitivo.

La inclusa se servirá U. hacerla conducir á toda costa.

Le deseo toda clase de felicidad y que en cualquiera parte disponga de su afectísimo amigo S. S. *José María Sarastí.*

Babahoyo, Marzo 26 de 1883. Señores Miembros del Supremo Gobierno Provisional. Quito. Muy señores míos:

Por la carta que en copia adjunto, se impondrán V. EE. que el señor General Alfaro se halla en posibilidad de atacar á Guayaquil, y que aceptando sus deseos, fuera muy del caso convenir en un movimiento simultáneo, logrando así de la opinión de ese pueblo bastante preparado para proteger la empresa.

V. EE. deducirán de esta comunicación la imperiosa necesidad de que el Ejército venga á la brevedad posible.

Sin otro objeto, quedo de V. EE. su atento, seguro servidor que sus manos besa, *Mariano Barona.*

---

Portoviejo, Marzo 16 de 1883. Al señor General don Mariano Barona. Babahoyo. Muy señor mio de mi aprecio:

He recibido su muy estimada de Febrero 7, con que U. se ha dignado honrarme.—Temo, como U. el que mis comunicaciones corran peligro; y puesto que tenemos que vernos pronto con U. y con el señor General Sarasti, excusado es escribir, cuando la palabra nos ofrece generosamente su facilidad sin limites. Además, las atenciones del ejército y los afanes de la marcha, obliganme á ser lacónico; bien que, por nada, dejaría al tiempo en que me ocupo, de retornarle sus sentimientos leales, y en expresarle que si U. como me dice en su carta, es soldado amigo mio, yo me honro con esa amistad y la aprecio, como aprecia mi alma todo lo leal y patriótico. En cuanto al dia de mañana, tengo vivo interés en que U. reciba una carta extensa de mi parte.

Mi ejército estará en marcha para Guayaquil; y espero de U. y del señor General Sarasti continuos postas, señalándome el lugar de la entrevista antes del ataque.

Avisaré á U. aunque sea en cuatro palabras que el ejército de Veintemilla en Manabí, en número de 600 hombres no pudo resistir la presencia de mi ejército acompañado con todos los pueblos de Manabí y Esmeraldas, y capituló sin otras condiciones que la generosidad liberal.

Suplicándole á U. que me permita demandarle la honra de saludar por su intermedio al señor General Sarasti, me suscribo atento y cumplidamente su leal amigo y seguro servidor, *Eloy Alfaro.*

---

Como hasta ahora no se ha publicado la carta que me dirigió el General Barona, y a la cual di respuesta en la que acabo de

reproducir, juzgo un deber de cortesía darle cabida á continuación:

Babahoyo Febrero 7 de 1883. Señor General don Eloy Alfaro. Donde se encuentre. Muy señor mío:

Investido por el voto popular como Jefe Superior Civil y Militar & y corroborado este nombramiento por S. E. el Supremo Gobierno provisional establecido en Quito; he deseado dirigirme á U. que tan dignamente viene sosteniendo los principios Republicanos conculcados por la mas odiosa Dictadura, á fin que de acuerdo nuestras armas triunfaran en Guayaquil, ultimo refugio de Veintemilla.

Inconvenientes grandes á causa de ignorar la residencia de U., me han privado de este justo deseo y para satisfacerlo y poderle enviar el despacho de General de la República y comunicación del Gobierno provisional, me valgo del señor Comandante Manuel de J. Larrubia, quien tomará razón del lugar donde U. se encuentre, y entregada ésta tener un dato cierto del modo como debo remitir dicha comunicación, pues temo con bastante fundamento pueda estraviarse.

Aquí se ha dicho que U debía estar en Colimes dias há: me felicitaba de ello porque podriamos de acuerdo hacer mucho en bien de nuestra patria. U. que lo desea y que con constancia rara ha sufrido y sostenido la causa del orden, debe tener no sólo la recompensa de General que el Gobierno le expide sinó la gloria de entrar en Guayaquil con los que á la vez trabajamos por destruir la Dictadura. En la unión se basa el porvenir que nos sonríe y espera; porque U. que es ilustrado y reune talento, valor, energia y prestigio, verá que la ambición única, por ahora, debe ser concluir con Veintemilla, á fin de que el voto popular delibere libremente mas tarde, acerca del bien jeneral.

El Gobierno provisional de quien recibí comunicación con el despacho de General para U. me encarga enviarla en el acto, se ha manifestado con mucho interés en esta diligencia, lo cual queda en mi poder hasta que regrese el señor Comandante La-

rrubia que en comisión expresa vá, ó envíe U. un comisionado para ello.

Al concluir me permito felicitarlo en nombre del Pueblo y del Ejército, reservándome yo hacerlo personalmente muy pronto, suponiendo que una entrevista daría la libertad de Guayaquil, y U. con el General Sarasti que llegará esta semana del interior, resolverán la felicidad de la Patria.

Soldado amigo de U., deseoso de coronar la obra iniciada en la revolución del 9 de Enero, sería satisfecho y bien recompensado al estrechar á los compañeros de armas y contribuir al deseo común, la terminación de la guerra.

Espero que U. me conteste y ocupe á su afectísimo amigo y seguro servidor, *Mariano Barona*.

Llegué á Montecristi el 17 de Marzo, y por ser esta población más inmediata á Manta, establecí allí Cuartel General. En Montecristi tuve la satisfacción de encontrar al Coronel Avellán, á Villao, á Franco y á otros jóvenes que de Santa Elena habian salido con el propósito de ofrecerme sus servicios. El vapor de Guayaquil condujo á los señores Gallegos, Dillon y otros varios jóvenes que habian logrado escaparse. Poco después llegaron del Perú los señores José Moreira con dos de sus hijos, Oscar Lara, Federico Galdos, Chichonis y Tobías Rumbéa. Por tierra iban diariamente jóvenes de Guayaquil y de Daule á unirse al ejército. Entre ellos, recuerdo á Isidro del Campo, Alamiro Plaza, Cordeiro, Alfredo González, Francisco Borja, Estevéz, Antonio Lara, Molestina, León Gonzalez y Navas. De París llegó el joven Abel Pérez Aspiazú; y de Costa Rica mis sobrinos Enrique Morales y Rómulo González, y los Mayores Ramírez y José Moya, y de Tumaco don José Antonio Marín. Aun de Quito vinieron á tomar las armas en mi ejército varias personas. Entre las más notables figuraban los Coroneles Fidel Garcia y Simón Mancheno, el Comandante Galarza, y los oficiales Bermeo y Navarro.

Fueron tan eficaces y tan importantes los servicios prestados durante esta penosa campaña por el antiguo Coronel Melitón

Vera, que aconsejé á mis amigos que influyeran para que se le proclamara General en las actas populares. Lo supo el Coronel Vera, y me instó de tal suerte que, á mi pesar, me vi obligado á desistir de ese acto de justicia.

En muchas de las actas populares se me otorgó el título de General. También recibí del Pentavirato de Quito el despacho de ese alto grado. Este despacho lo miré con la más absoluta indiferencia, y a mis electores de la Provincia les dije en una proclama:

“HABITANTES DE MANABÍ! En las actas populares, vuestra generosidad me ha discernido el grado de general; os lo agradezco de corazón. Tengo, ante todo, el deber de dar ejemplo de abnegación y desprendimiento, y lo hago con entusiasmo; por que así sirvo mejor á los principios republicanos. Respetuosamente renuncio, pues, el nuevo título militar que me habeis dado.”

En Manabí proclamaron en algunas actas populares un triunvirato compuesto de don Pedro Carbo, del General J. M. Sarasti y de mí; en otras se adherían al acta primera de Esmeraldas que designaba á don Pedro Carbo como miembro del Gobierno provisional y ratificaban la elección hecha en mi persona; y en todas se me investía del mando supremo mientras tomaban posesión los colegas nombrados.

Á mi llegada á Manabí, observando que el país sufría notable atraso en sus industrias, preferí utilizar tres de los cuatro pagarés del diezmo que habia en la Tesorería, con lo cual atendí á los gastos más urgentes mientras se arbitrabán recursos. El valor de esos documentos ascendía á unos \$ 19.000.

Por tal motivo con profundo sentimiento tuve que desistir otra vez de suprimir la contribución del diezmo; contribución tanto más odiosa y temeraria, cuanto que el clero, en cuyo favor se cobra con perjuicio de los agricultores, percibe una pensión reducida y fija del erario nacional.

Reuní un consejo privado compuesto de los principales ac-

tores de la revolución para deliberar sobre el mejor modo de allegar fondos que me facilitaran la actividad de las operaciones militares y la pronta conclusión de la campaña. Se resolvió ocurrir á un impuesto de guerra de doscientos mil pesos. Habia necesidad de hacer venir un vapor, ya contratado, para emprender por el lado de "La Josefina" y poder atacar eficazmente al tirannelo en sus últimos atrincheramientos de Guayaquil. El impuesto hacia falta asimismo para conseguir más armamento.

La perspectiva era ésta: si hubiera podido emprender operación por mar, para lo cual era indispensable un vapor convenientemente armado, la guerra habría terminado en poco tiempo; mientras que maniobrando esclusivamente por tierra, la prolongación era probable.

En este estado las cosas, recibí comunicaciones del General Sarasti enteramente armónicas con mis propósitos. La primera de esas comunicaciones está concebida en los términos siguientes:

Quito, 21 de Febrero de 1883.—Muy señor mío:

Los esfuerzos patrióticos de Ud. me han llamado siempre la atención, y le he estimado sin tener el honor de conocerle. Parece que habiendo juntos trabajado en el sentido de salvar el país, es llegado el caso de que unamos nuestros últimos esfuerzos para anonadar á Veintemilla.

Asimismo debemos obrar de consuno para constituir el país, sobre los principios verdaderamente republicanos. Hoy marcho á Babahoyo con el objeto de resolver si abro ó nó operaciones sobre Guayaquil. Desde allí le escribiré para combinar nuestras operaciones.

Aprovecho de esta ocasión para ofrecer á Ud., mi amistad y para manifestarle mis sinceros votos por su bienestar.

Su afectísimo amigo y seguro servidor, *José M. Sarasti.*

Los informes que me habian dado los amigos venidos de Quito y las cartas recibidas estaban de acuerdo en cuanto se re-



fería al carácter patriótico del General Sarasti. Así pues, no vacilé en aceptar la alianza.

Desistí en seguida de hacer pesar sobre Manabí la contribución de \$ 200,000, porque nada me parecía más justo que respetar la situación bastante ruinososa de los pueblos. Reduje la contribución á solo \$ 50,000 con el fin de satisfacer los compromisos más apremiantes, y de atender á los gastos estrictamente indispensables para la movilización del ejército.

Ocupábame en activar la organización de las tropas; y para darle mayor seguridad á una entrevista con el General Sarasti, tenia resuelta la ocupación de Daule, que habia sido recuperado por las fuerzas dictatoriales, cuando recibí una carta del citado General, escrita en Sabaneta el 26 de Marzo, y en la cual me anunciaba su regreso al interior. Entiendo que en Quito se resistian á enviarle la artillería.

Poco después supe que la fiebre amarilla estaba haciendo estragos en la guarnición de Babahoyo, y que por ese motivo el General Barona habia tenido que abandonar la plaza. Agregábase que al momento Babahoyo habia sido ocupado por tropas de Veintemilla.

Todas estas noticias me decidieron á llevar la guerra de una vez y sin más demora, á la Provincia del Guayas. Alejado indefinidamente el día de la conferencia con el General Sarasti, debia yo proceder por mi propia cuenta y riesgo, á fin de reducir y estrechar, cuando ménos, los límites de la dominación de Veintemilla. Obedeciendo á este propósito, nombré al Coronel Avellán Jefe de operaciones sobre el cantón Daule. Puse á su disposición un cuadro de 40 jóvenes de Guayaquil, Daule y Santa Elena y 170 hombres de las milicias de Jipijapa. La expedición siguió á su destino por caminos que las lluvias habian hecho casi intransitables, y entró á Daule sin novedad. El abandono de Babahoyo resultó ser falso, felizmente.

No habiéndose efectuado el envío de dos mil rifles Peabody Martini que dejé contratados con una casa de Nueva York á

mi salida de Panamá, aproveché la presencia en Montecristi del señor Marco J. Kelly para contratar con él, á menor precio, mil rifles Remington y cien mil cápsulas, pagaderos en Guayaquil, es decir, después de aniquilada la dictadura.

Hecho esto, dispuse que el Coronel Centeno se quedara en Manabí organizando la fuerza que debía armarse con los rifles que el señor Kelly estaba obligado á enviar inmediatamente.

El General Sotomayor presentó su renuncia de Jefe de Estado Mayor General, y en su reemplazo nombré al General Vera. Licencié á algunos colombianos vecinos de Esmeraldas que estaban enrolados en la columna *Colombia*. Por sus sentimientos liberales, ellos habian sido hostilizados por los dictatoriales, lo mismo que los hijos del país. La columna se componía primero, casi exclusivamente, de colombianos. Después del triunfo en Esmeraldas, se retiraron muchos para atender á sus faenas agrícolas, abandonadas por consecuencia de la guerra, y otros se quedaron con el objeto de acompañarme hasta Manabí. Cumplida su palabra, regresaron al seno de sus familias, llevando complacidos el recuerdo de mi estimación y la seguridad de mi gratitud; estimación y gratitud á que se habian hecho acreedores por su valeroso comportamiento y por su noble patriotismo.

Nombré al Coronel Pallares Ministro de Guerra y Marina, en lugar del Coronel Franco á quien destiné al Ejército en virtud de la siguiente resolución :

R. del E.—Suprema Dirección de la Guerra.—Cuartel general en Montecristi, Marzo 30 de 1883. Al señor Coronel don Manuel Antonio Franco. Presente.

Entre las relevantes pruebas de patriotismo y abnegación que usted ha dado á la república, desde el glorioso “Seis de Abril”, la elocuente y sincera solicitud para separarse de la Cartera de Guerra y Marina, que tan dignamente ha desempeñado, es un modelo de virtud republicana digno de los más esclarecidos ciudadanos.

Honroso me es pues en nombre de la Nación agradecer á

e

usted sus importantes servicios en el Ministerio que hoy renuncia y en el mio ofrecerle, no el mando de un cuerpo como usted modestamente lo pide, sino el de Comandante General de una División.

Acepte usted, generoso amigo, el ofrecimiento y consideración de este su atento. *Eloy Alfaro.*

Tambien nombré al doctor Camilo Andrade, Ministro de Hacienda interino, por continuar ausente el principal don Federico Proaño.

Una vez terminados los arreglos para proseguir la campaña, salí de Montecristi el 8 de Abril con dirección á Jipijapa, en donde reuní unos 900 voluntarios que marchaban entusiastas á combatir por las libertades públicas. Mayor habria sido el número de mis soldados, si yo hubiese tenido más armas. Organice dos divisiones : una al mando del Coronel Franco y otra al mando del Coronel Vargas Torres, y un regimiento de caballería compuesto de dos escuadrones dirigidos por el Coronel F. H. Moneayo. Continué la marcha para Daule, dejando en Esmeraldas y Manabí guarniciones destinadas exclusivamente á la conservación del orden. Promoví á Jefe civil y militar de Manabí al Gobernador don M. Gustavo Rodriguez.

Hecha la primera jornada de Jipijapa recibí un posta de Santa Elena, el cual me comunicó el pronúnciamiento de ese cantón por la causa liberal, y su adhesión consecuenencial al Gobierno de Manabí y Esmeraldas. El 15 de Abril llegué á Daule, donde encontré al Coronel Avellán y sus denodados compañeros.

Allí se me presentó el señor Nicolás Infante con su hermano don Justo y un grupo de voluntario de Palenque.

Tres Gobiernos había, á la sazón, en el Ecuador : el del Pentavirato, organizado en Quito, compuesto principalmente de conservadores ; el liberal que yo representaba, y el de la Dictadura, que de un modo vergonzoso se había encerrado en Guayaquil. El primero no iba sino hacia la *restauración*, palabra que todo

lo explica; el mio se guiaba por los principios de una regeneración equitativa en su desarrollo y generosa en sus medios, y por el firme deseo de levantar el país, darle vigor y transformarlo en el sentido que indican las amplias ideas del liberalismo que busca el orden y que se funda en la protección de todo lo que es justo y legítimo; el tercero, finalmente, defendía el propósito de Veintimilla de continuar en el poder, á despecho de los crímenes escandalosos que habian pesado ya con peso abrumador sobre el pueblo ecuatoriano.

En Daule adquirí la certidumbre de que el General Barona, engañado y mal aconsejado, era hostil al General Sarasti y á mí.

Con ese motivo le dirigí una comunicación en términos bastante severos. Entre tanto de Quito se me noticiaban los planes tenebrosos de los que durante su vida han sido consumidores de los presupuestos.

La situación no podía ser más grave. En el caso de abrir operaciones contra el Pentavirato de Quito, los elementos acumulados para destruir el poder de Veintimilla habrían sufrido terrible disminución, y quizás la dictadura se hubiera prolongado sabe Dios hasta cuándo.

Por otra parte, destruir el poder de Veintimilla era deber imperioso claramente impuesto por la honra nacional. Ciertamente es que entre los secuaces de la política tradicional del país, muchos decían sin ambages: "primero Veintimilla que Montalvo"; ó lo que es igual: "primero el crimen y la ignorancia que el patriotismo y la ilustración." Pero no era posible que yo me dejara arrastrar por la corrupción política predominante ni que adoptara un procedimiento violento, cuando en el ejército y en el Gobierno de Quito había aún algunos elementos de progreso. Mi deber principal consistía en hacer sacrificios por la dignidad del país; y al cumplir, como cumplí ese deber, interpreté fielmente los sentimientos de mis valerosos y abnegados compañeros de armas.

En Daule se me informó de que habian llegado á San-

borondón varios vapores de río de la flotilla enemiga. Supe asimismo que en Yaguachi continuaba acantonada una fuerza dictatorial de 400 hombres. Pensé sorprender al enemigo en Samborondón; pero examinado el lugar por personas que bien lo conocían, resultó que inundadas las sabanas, no había como salvar los extensos pantanos del tránsito. Entonces se trató de conseguir que los buques adoptaran la causa contraria á la Dictadura. El *Quito* que desde Guayaquil atizbaba la ocasión, lo hizo así, y se pasó á Babahoyo. Creo que en ésto tuvo alguna influencia una carta del General Vera. Si no se realiza tan rápidamente el cambio del *Quito*, quizás consigo hacerme dueño de toda la flotilla, mediante las gestiones de dos caballeros comisionados, quienes encontraron desocupado el puerto cuando llegaron á Samborondón. Si yo hubiera logrado lo que pretendía, pocos días después habría redimido á Guayaquil. Perdí algun tiempo, por las necesidades de la combinación proyectada. Resolví entonces subsanar esa pérdida avanzando hasta ponerme á la vista del enemigo.

Las defecciones de carácter patriótico que tuvo que sufrir la ruín Dictadura; la convicción profunda que las produjo en formas varias y el extraordinario impulso mismo que recibió la guerra, todo, á mi juicio reconocía por origen el horrendo crimen oficial del 9 de Noviembre. El salvaje autor de ese crimen monstruoso estuvo muy lejos de medir la profundidad del abismo que abría á sus pies: Veintemilla habia visto azotar al anciano prócer de la independencia, General Ayarza, por orden de García Moreno; y se imaginó que 23 años más tarde podia repetir semejante infamia, y que acaso podia contar con aplausos semejantes á los que entonces prodigaron los esclavos y los esbirros. Sin ese crimen quizás los jóvenes que se apoderaron del *Victoria* no habrían llevado á cima tan audaz empresa; quizás Arcadio Ayala, liberal genuino, no habria concebido y realizado, en unión de un reducido número de patriotas el plan arriesgadísimo y temerario de capturar el vapor *Bolívar*, guarnecido con tropas de la Dictadura y mandado por dos coroneles que

fueron á parar á Babahoyo como prisioneros de guerra; quizás Rafael Ontaneda y Juan José Avellón, liberales, no habrían conducido desde Guayaquil al mismo Babahoyo el vaporcito *Huáscar*, burlando con audacia la vigilancia del tiranuelo; y quizás por último el Coronel Pacheco, que fué quien tomó á Valverde en Esmeraldas, no habría favorecido el cambio del vapor *Quito*. En resumen: sin el atentado á que me refiero, el Gobierno del Peutavirato, no habría obtenido, como obtuvo, por esfuerzos de los liberales, vapores con que surcar los caudalosos afluentes del río Guayas.

El General Sarasti me había escrito con el fin de hacerme ciertas reflexiones é inducirme á que no realizara solamente con mi ejército el ataque sobre Guayaquil. Instábame para que, unidas nuestras fuerzas, consumáramos ese ataque con mayores seguridades. Razonables eran sus observaciones y habíale contestado de conformidad; pero á un mismo tiempo me reservé mi libertad de acción, y conservé el firme propósito de facilitarle al enemigo la oportunidad de una batalla. Yo esperaba que Veintemilla se animaría á salir de sus posiciones para *batirme*; y fundaba mi esperanza en la convicción que se aparentaba de que mi ejército era un *adversario débil* y que temerariamente osaba ponerme al alcance de los cañones de la Dictadura. Por mi parte, tenía la seguridad del triunfo en el caso anhelado de una batalla campal. Puedo afirmar con orgullo que poseía verdadero ejército, bien disciplinado y lleno de entusiasmo por servir á la causa de la república.

No saliendo Veintemilla, yo obtenía un triunfo moral evidente, y estrechaba los límites de su odiosa dominación. En ese estado las cosas, aguardaba la llegada del General Sarasti con sus fuerzas, según lo ofrecido, para afectar unidos el asalto contra la plaza.

En Guayaquil se ejercía activa vigilancia con el objeto de impedir la salida de los jóvenes en la dirección de Daule y Babahoyo; pero á pesar de todo fueron muchos los que se incorporaron á mi ejército. Recuerdo, entre otros, á Roca, Vélez, Mata,

Oramas y Emilio Estrada, quien trajo un plano de las posiciones enemigas; plano que sirvió de mucho para las operaciones ulteriores. Por la situación de Babahoyo, era mas fácil ir de Guayaquil a ese lugar que á Daule.

Con las nuevas fuerzas organizadas en Daule constituí la tercera división del ejército. Nombré Comandante General al Coronel Avellán.

Reunidos y arreglados los esquifes que pude conseguir, salí de Daule con la primera división y parte de la segunda. La caballería marchaba por tierra. Pernocté en Pascuales. Antes de dejar á Daule supe que habia fracasado el proyecto que tenían el Coronel Darío Montenegro y el malogrado comandante Luscano, de incorporármeme con varios batallones del ejército de Veintemilla. El 28 tuve concentrado en Pascuales todo el ejército, que constaba de 1,200 hombres de infantería y caballería en excelentes condiciones, y unos 200 hombres desarmados que hacían el servicio de arrieros para el transporte del parque, tripular las embarcaciones &c. El núcleo de ese ejército improvisado sobre lamarcha lo componía la juventud; allí se veían al pobre y al rico, rifle en mano, sobrellevando con entusiasmo las penalidades de la campaña.

El 29 de Abril antes del medio dia, emprendimos la marcha para Mapasingue. Hizo alto el ejército á las dos de la tarde, y yo, con parte del Estado Mayor procedí á reconocer la localidad y el campo que me conviniera ocupar. A pesar de que tenía buenos prácticos, me sirvió de guía en estas operaciones el jefe de la descubierta, Capitán Ramón Mejía. Durante el resto del dia acampó mi ejército en los sitios designados por mí y á la vista de las posiciones enemigas. Sería tarea imposible describir el entusiasmo que se apoderó de mis compañeros de armas al considerar como inminente la proximidad de una batalla definitiva.

Las posiciones que ocupábamos comprendían tres colinas y parte del llano. La derecha estaba protegida por grandes pantanos llamados allí *tembladeras*. Entré el centro de mis fuerzas y

las posiciones artilladas del cerro de Santa Ana y el Manicomio, había una extensa sabana, transitable en gran parte. El lado más vulnerable era el que se extendía por la ribera del Daule. El enemigo tenía vapores con buena artillería, y podía haberme hostilizado constantemente y con entera impunidad, porque yo no tenía un solo cañón con que contestar los fuegos.

Yo había traído grandes balsas de cañas con el objeto de improvisar trincheras en la orilla; tenía 16 esquifes bien arreglados para el caso de emprender el abordage, y muchas canoas; con tan débiles elementos me veía en la ineludible necesidad de defender y conservar el dominio del río en la parte necesaria para el buen servicio del ejército.

Pasó el primer día sin amago de ninguna clase. La mayoría de los jefes opinaba que era conveniente dar el asalto sin demora, aprovechando el entusiasmo de la tropa. El General Vera, especialmente miraba el asunto en su aspecto militar, y tenazmente insistió en que el ataque debía ejecutarse sin demora, y sostenía que no era preciso el concurso del ejército del interior. Con la seguridad de que vencedores ó vencidos nos cubriríamos de gloria, dí la orden de que todo estuviera listo para consumir el ataque el 3 de Mayo.

Había recibido informes sobre las fuerzas del Dictador; informes que por su origen consideraba exactos. Según ellos Guayaquil estaba defendido por 1,700 hombres, de los cuales solo 1,407 era fuerza efectiva, incluyendo la guarnición de Yaguachi que acababa de llegar.

El número de enfermos y rezagados le computaba en ménos de 300. La perspectiva no podía ser más halagadora para mí.

El Dr. Borja, enviado antes como correo de gabinete, llegó al campamento el 2 por la noche con cartas del General Sarasti, fechadas en Riobamba, en las cuales me noticiaba que hacía esfuerzos para acercarse y unir su ejército al mío. Esperando, pues, unos cuantos días más, el número de las fuerzas se aumentaría en proporción importante, y se conseguirían cañones de que yo



carecía. De Guayaquil me habían escrito varias cartas por las cuales se me pedía con instancias, que aguardara al ejército del interior. No se trataba de una empresa en que estuviera comprometida la honra personal. Además, me parecía una inconsecuencia con el General Sarasti, eso de no suspender operaciones decisivas hasta que él llegara; y robustecía más mi opinión, leyendo lo que dicho General me decía en una de sus cartas :

“ Usted y yo no tenemos más programa que la salvación de la República y para esto debemos unir nuestros esfuerzos materiales, intelectuales y morales para obrar de acuerdo, formando previamente un plan de ataque á Guayaquil.”

De todos modos, pues, el patriotismo me aconsejaba esperar. En consecuencia desistí del ataque preparado para el 3 de Mayo. Entonces hice levantar fuertes trincheras con alfajías en la colina inmediata al río y en la margen ocupada por la División del Coronel Avellán, en previsión de que el enemigo resolviera emprender contra mí por ese lado, cosa que yo esperaba constantemente.

Las dos mil cañas que había traído, regaladas por don Guillermo López, se emplearon en construir ramadas para guarecer el ejército y librarlo de los rigores de la intemperie. En esa situación esperé la llegada de mis aliados.

Por ese tiempo se presentó á mi campamento el Capitán Chiriboga, uno de los hacendados más patriotas de Esmeraldas, conduciendo preso al Coronel Albuja, enviado por la autoridad de la invicta ciudad. El Jefe civil y militar don Antonio E. Macay tuvo noticia de que el territorio de su mando había sido invadido por algunos centenares de soldados del Pentavirato; y reuniendo sin demora la gente que pudo, marchó á batir al invasor. En San Lorenzo lo encontró y capturó. Felizmente eran pocos al mando del Coronel Albuja, quien manifestó que su Gobierno lo había mandado para conducir un armamento que esperaba encontrar en el Pailón. Cediendo á un sentimiento de deferencia personal puse en libertad al Coronel Albuja, y lo des-

paché por la vía de Daule, bien atendido y recomendado, para que se incorporara á su ejército.

Vinieron por ese tiempo á engrosar las filas del ejército de la Regeneración don José Roseudo Carbo con una partida de voluntarios; don José A. Pérez, los Comandantes Artcaga y Manchenc, el Mayor Durán y algunos jóvenes de Guayaquil, entre los cuales recuerdo á Pombar, Jiménez, Palacios, Piedrahíta y Calderón. De Quito llegó el señor don Flavio Garcia, conduciendo una remasa de dinero que me enviaban los amigos de aquella ciudad.

La impresión que produjo en el Interior mi aproximación á Guayaquil puede apreciarse si se lee el boletín número 21 publicado en *El Nacional* de 19 de Mayo:

República del Ecuador.—Estado Mayor General del Ejército.—De marcha en la plaza de Guamote, Mayo 4 de 1883.

Al H. señor Ministro de Estado en el despacho de Guerra y Marina.

En este momento (que son las siete de la noche), acabamos de recibir el siguiente Telegrama por la posta.

“Oficina Telegráfica de Chimbo.

Recibido á las seis p. m.

Señor General Sarasti.

Alfaro en “Mapasingue”; en Guayaquil todos violentos.

Los vapores con las cañoneras en la boca de “Yaguachi.”

Llegó en Samborondón Comandante Viteri con Artillería.—

*Marín.*

Mayo 2 de 1883.

En consecuencia se van á enviar postas directamente á los Jefes de los cuerpos que se hallan en Alausí y Sibambe, para que, sin pérdida de tiempo movilicen sus respectivos cuerpos, camino del puente de Chimbo.

Además, el señor General Comandante en Jefe del Ejército

*d*

marchará mañana, en la madrugada, á Sibambe, y el que suscribe, á Alausí, para movilizar con la mayor prontitud todas las fuerzas en la dirección susodicha.

Dios guarde á US. H. *Carlos Pérez Quiñones.*

---

CAPÍTULOS DE CARTAS.

*Del señor General Salazar.*

.....

“Alfaro ha ocupado Mapasingue desde el 25, y en carta al General Barona, le dice que espera nuestras fuerzas para combinar el ataque á la ciudad de Guayaquil en que Veintemilla tenía concentradas sus fuerzas.”

---

*Del General Barona.*

.....

“Es necesario, amigo y compañero, se apresure; pues por las comunicaciones que le adjunto en copia, verá U. que Alfaro está casi en las goteras de Guayaquil.

La deserción del ejército de Veintemilla es espantosa; el vapor “Huacho” ha sido aprisionado por diez lanchas cañoneras, en la Puná, por los Caamaños.”

---

Mi inacción de esos días fué tema de frecuentes discusiones en mi ejército. Ninguna sin embargo quedó mas impresa en mi imaginación que la habida entre un grupo de soldados del *Esmeraldas* y el *Seis de Abril*. Acordes andaban en manifestar extrañeza por el hecho de que se les hubiera traído desde tan lejos, á pié, para hacer alto á unas pocas cuadras de Guayaquil. Esos denodados defensores de la honra nacional estaban acostumbrados en su suelo á atacar á sus enemigos sin contar el número de ellos. ¡Cuán distantes estaban de figurarse que las pasiones de partido tratarían de empañar sus gloriosos sacrificios!

No se hizo esperar la llegada del General Sarasti á Yaguchi, y el día 11 de Mayo tuvimos la primera y anhelada confe-

rencia en la hacienda San Antonio, guarnecida por el batallón *Esmeraldas* para ponernos á cubierto de algún golpe de mano del enemigo. Por vez primera conocia al denodado caudillo del centro, alma de la victoria alcanzada en el interior. La entrevista fué de lo más cordial y sencilla. Hallándonos los dos solos le dije: mis condiciones son éstas: usted conserva el mando de su ejército y yo el del mio; ambos de acuerdo determinaremos las operaciones militares; una vez tomado Guayaquil, dejaremos al pueblo en completa libertad para que resuelva lo que juzgue conveniente. Si decide adherirse al Gobierno de Quito ó al que yo presido, ó si opta por un Gobierno propio, tanto Ud. como yo acataremos y apoyaremos esa decisión.

El General Sarasti aceptó con entusiasmo mis proposiciones, y sólo agregó que, para que jamás se dijera que habíamos ejercido coacción en la deliberación y el voto del pueblo, saldríamos de la ciudad cada uno con su ejército, y después volveríamos á apoyar lo resuelto. Prevaleció en la conferencia como único móvil el patriotismo. El General Sarasti me propuso, que tomara yo el mando en jefe del ejército unido. Aprecié tanto desprendimiento, y rehusé como era natural el ofrecimiento. Me manifestó en seguida el deseo de que tomara parte en la conferencia el Coronel Carlos Pérez Quiñones, que ejercía las funciones de Jefe accidental de Estado Mayor, deseo á que yo accedí al instante. Por mi parte invité al General Vera, Jefe de Estado Mayor General de mi ejército. En el curso de la conversación, expresé lo impolítico que me parecía el concurso del General Salazar. Entre otras razones aduje de que la presencia de Salazar en Mapasingue iba á robustecer la depravada causa de Veintemilla, por la justa aversión que tenían en Guayaquil contra los que habían sostenido el régimen sangriento de García Moreno. El General Sarasti me respondió que Salazar no era ya el mismo hombre de tiempos anteriores, que había reconocido con franqueza sus pasados errores y que trataba de repararlos. Agregó que en esa convicción había hecho que en Quito lo nombraran director de la guerra. El General Vera

corroboró mis ideas. Era limitado el tiempo de que disponíamos. Así pues la discusión varió y se fijó exclusivamente en las bases acordadas y en las operaciones militares. Respecto de las últimas le dije al General Sarasti que para evitar dificultades sólo me entendería con él.

Opinó el General Sarasti que en una semana tendría su ejército en Mapasingue, y convenimos que sin demora consumaríamos el ataque sobre las posiciones del enemigo. Le manifesté cuál era el número de mis fuerzas, y él, á su vez, me informó de que contaba con 1,100 hombres la división de Babahoyo y 400 de la 2.<sup>a</sup> división del sur; y que con las tropas que venían por Yaguachi esperaba reunir en todo 2,800 hombres. Sucedióle al General Sarasti lo mismo que á mí: por falta de armas no había podido aumentar su ejército.

Pocas horas duró la conferencia, que fué mui grata para todos. El General Sarasti regresó con el fin de acelerar la aproximación de sus fuerzas; yo torné á mi campamento.

Comenzó la llegada de dichas fuerzas á Mapasingue, y tuvieron un recibimiento de lo más cordial. Veía yo con sumo placer el exquisito esmero de los míos por dar buena acogida á sus huéspedes. Al mismo tiempo creía haberle asestado un golpe mortal á las malhadadas discordias lugareñas, tan fomentadas y aprovechadas por los perversos que por ese medio han logrando tiranizar y degradar el país. Era, pues, completa mi satisfacción al ver á mis compatriotas recorriendo el amplio camino de la fraternidad y de la libertad. Ocasión, propicia sin duda, para hundir en el olvido un doloroso pasado!

A continuación inserto la nota que he visto publicada en *El Nacional* del 2 de Junio, en la cual el Comandante en Jefe del ejército restaurador daba cuenta al Gobierno seccional de Quito de sus movimientos, y de la manera como había sido recibido su ejército por los liberales:

BOLETIN NÚMERO 25.

Quito, á 25 de Mayo de 1883.

República del Ecuador.—Miembro del Gobierno Provisio-

nal y General Comandante en Jefe del Ejército.—Samborondón á 18 de Mayo de 1883.

H. señor Ministro de Estado en el despacho de la Guerra.

El deseo de cumplir mis deberes con la exactitud que exigen las actuales circunstancias, me ha obligado á ocuparme personalmente en la movilización de las diferentes fracciones del ejército, acantonadas en Yaguachi, Babahoyo y Samborondón. Esta atención ha absorbido todo mi tiempo, privándome de comunicar á US H. lo relativo á las operaciones preparatorias ejecutadas en estos días: aprovecho, pues, del primer momento para llenar deber tan grato.

El día 15 del presente salieron de Yaguachi, con dirección á Mapasingue, el batallón Restaurador del Centro, y el Ecuadrón Sagrado. El desembarque debía verificarse en "Barranco blanco," lugar situado á muy poca distancia de Guayaquil; y era justo el recelar que el Dictador tratara de estorbarlo: por esta razón, me separé del convoy y avancé hasta la isla de Santa Rosa para observar los movimientos del enemigo. La flotilla contraria se limitó á encender las calderas sin abandonar sus posiciones; así es que se efectuó el desembarque sin el menor inconveniente y con el orden y moralidad que distinguen á nuestro ejército.

Al día siguiente salieron de Yaguachi y llegaron sin novedad al campamento de Mapasingue, los batallones "Restauradores del Norte y Libertadores:" en la boca de Yaguachi esperaba la Artillería Sucre, la que se agregó al convoy. Apenas terminó el desembarque, me dirigí al campamento del señor General Alfaro, en donde mi comitiva y yo fuimos recibidos con la cordialidad de hermanos y con el entusiasmo que en todas partes inspiran los que llevan por lema "LIBERTAD Y ORDEN." Como es natural, traté de recorrer el campo, que será el teatro de la próxima guerra; y el señor General Alfaro y sus más distinguidos compañeros de armas, no sólo se dignaron acompañarme, sino que destacaron una guerrilla de caballería y otra de infantería para proteger nuestra excursión. Al acercarnos notamos mo-

vimiento y alarma en el campamento enemigo, y suponiendo probablemente que era llegado el momento del ataque, el Dictador cometió un nuevo atentado de mandar reducir á cenizas todas las casas de la Sabana grande.

El 17 salieron de Yaguachi y llegaron al nuevo campamento la columna Zapadores y los escuadrones Peiger y Suere. Esta marcha se verificó bajo la inmediata inspección del Excmo. señor General Jefe de Estado Mayor General, y el conocimiento de esta sola circunstancia, bastará para hacer comprender á US. H. que viaje y desembarque se llevaron á cabo con el orden y regularidad convenientes. Junto con el señor General Lizarburu y casi todo el Estado Mayor pasé al campamento del señor General Alfaro, quien se dignó acompañarme para hacer un segundo estudio de los lugares que tenemos que ocupar; y el deseo de observar la línea enemiga nos llevó hasta colocarnos á tiro de cañón. Las baterías de Veintemilla hicieron sobre nosotros quince disparos de cañón y algunos tiros de fusilería, pero sin ocasionarnos la menor novedad. Después de media hora que cesaron los fuegos, y habiendo cumplido nuestro objeto, llegamos al campamento.

Faltaría al deber de justicia si hiciera caso omiso de la moralidad y disciplina que he observado en el campamento y ejército del señor General Alfaro. Esos denodados hijos del Occidente tienen especial empeño en manifestar que sus banderas son las de la verdadera República, y que Libertad y Orden es su lema, como lo es el nuestro.

Á las seis p. m. salí de Mapasingue con dirección á este lugar; y merced á la actividad y entusiasmo del señor General Director de la guerra y de los demás señores Jefes de la fuerza aquí acantonada, espero que mañana estará concentrado todo nuestro ejército en el nuevo Cuartel General y que bién pronto llegará el día en que se decida de la honra y de la libertad de la Patria.

Para terminar este oficio, creo de mi deber suplicar á US.

H. que, al poner en conocimiento del Supremo Gobierno Provisional, los hechos que dejó relacionados, también se sirva recomendar la caballerosa generosidad con que se ha manejado el señor General Alfaro, pues, además del trato distinguido que ha dispensado á todos mis compañeros de armas, ha hecho común con nuestro ejército el ganado, los víveres y cuanto tenía en su campamento.

Libertad y Orden. *José María Sarastí.*

La publicación de la nota preinserta en Quito, ahogó las esperanzas de los secuaces de la Dictadura en el Interior, quienes aspiraban á provocar un choque entre mis fuerzas y las del Pentavirato. Sin el temor de que tales esperanzas se cumplieran, los restauradores se habían guardado mucho de reproducir la citada nota, como lo hicieron en el número 21 de *El Nacional* correspondiente al 2 de Junio.

Desde que llegué á Mapasingue me llamaron mucho la atención las alturas situadas frente al puente del Salado. En uno de los reconocimientos llamé á un lado al General Sarastí y le hice notar ese punto que dominaba gran parte de la línea de defensa enemiga. Á la simple vista se notaba la importancia de tal posición. Con el auxilio del binóculo había visto gente en el sitio designado con el nombre de La Cantera, donde estaba una ramada. Nos parecía imposible que esas posiciones no estuvieran minadas, como se decía generalmente y que dejaran de ser defendidas seriamente en el caso de que resolviéramos ocuparlas.

Habíale propuesto al General Sarastí maniobrar con los vapores de que disponía y parte de la artillería, por la orilla opuesta del río hasta conseguir desalojar á los vapores enemigos del puerto de Guayaquil. La operación á mi juicio, debía dar seguro y excelente resultado; obedecía principalmente á mi opinión de que Veintemilla mientras tuviera asegurada la fuga, se habría de resistir hasta el último extremo, en las fuertes posiciones que ocupaba en la ciudad. Entonces me manifestó que pareciéndole demasiado la aglomeración de todas sus fuerzas en



Mapasingue, había resuelto reforzar con la División de Babahoyo la División que estaba en marcha de Machala; fuerza que unida y trasportada en momento favorable á la Josefina, sería bastante poderosa para avanzar por ese lado sobre Guayaquil en combinación con nuestras operaciones por Mapasingue.

En la primera visita que me hizo el General Sarasti en mi campamento, le acompañé á su regreso hasta el puerto de Barranco Blanco. En ese momento llegaron dos vapores con tropas, y le entregaron su correspondencia. Me entregó para que la leyera una de las cartas, que era del señor Caamaño, en la cual le anunciaba que sin embargo de haber recibido su orden, ya en viaje (no recuerdo á que distancia de Yaguachi) contramarchaba para cumplir con lo que se le prevenia; pero que le advertia que su armamento solo consistía en 300 rifles de diversos sistemas y con parque escaso. Mi sorpresa fué grande, cuando poco despues supe la llegada de la segunda División del Sur á Yaguachi. Inquirí la causa, y el General Sarasti me contestó que la ignoraba.

Á poco de eso se nos comunicó de Guayaquil que el señor Caamaño habia dejado abandonada su *artilleria* en unas *chatas*; que el enemigo habia hecho presa de ellas, y que Veintemilla habia exhibir los *cañones* en la Capitania del Puerto, con gran escarnio para nuestras armas. Los tales *cañones* eran pedazos de caña forrados en cuero. Tanto para borrar esa mala impresión en los copartidarios de Guayaquil como para probar el alcance de la artilleria en la línea del Cerro, acordamos con el General Sarasti dar una diversión al enemigo; y con los dos primeros cañoncitos de acero de a 6 que habia traído á mi campamento, marchámos en la noche del 22. El general Sarasti se hizo cargo de uno y tomó el lado izquierdo, y yo el otro hacia la derecha. Nos situámos como á 2.000 metros de la línea del Cerro de Santa Ana. Á las 11 rompimos los fuegos. El enemigo se limitó á echarnos cohetes voladores. Entonces dispuse avanzar y avancé con mi cañoncito haciendo disparos de trecho en trecho. Hice alto cuando los cañones de los dictatoriales res-

pondieren á nuestros fuegos. Se causó buena diversión: una de nuestras balas, probablemente del cañón que dirijia el General Sarasti, hizo averia y causó confusión en el reducto de la Pólvara. El General Sarasti me comunicó su opinión de que se tirara por elevación para que las balas cayeran dentro de la ciudad. La idea me pareció buena y la pusimos en práctica. El efecto moral que produjo el ensayo de esa noche, fué magnífico. Cesó la charla irrisoria producida antes por el espectáculo de los *cañones* de caña.

Habíamos acordado repetir el cañoneo en la noche siguiente. Mucho trabajó el General Sarasti para concentrar sus elementos y verificar el ataque al amanecer del día 25 de Mayo; operación que juzgábanos urgente, pues se nos habia noticiado de Guayaquil que el Dictador esperaba armamento de Panamá por el vapor de esa fecha. Pero materialmentó fué imposible a mis aliados estar para ese día en Mapasingue con todos sus elementos. Felizmente llegó el vapor sin el gran armameto anunciado.

De Guayaquil se nos aseguró otra vez que precisamente vendría en el proximo vapor del norte que se esperaba el 4 de junio. Resolvimos, pues, verificar el ataque antes de que el enemigo aumentara sus recursos.

En tales circunstancias hablóme el General Sarasti para que admitiéramos en nuestras conferencias al General Salazar. Opinaba que sus conocimientos podian sernos muy útiles. Accedí á ello, y en el rádio donde estaba acampada mi caballeria, á la sombra de un frondoso arbol, tuvimos las conferencias. Repetí lo que habia manifestado al General Sarasti: que si atacábanos esclusivamente la línea del Cerro Santa Ana y trinchera del Manicomio, la tomaríamos irremisiblemente, pero que la mitad de nuestro ejército quedaría tendido en el campo, y que nuestro deber era evitar tan inmerso sacrificio, deber que podríamos cumplir estendiendo nuestra línea, ocupando las alturas que estaban frente al Puente del Salado y tratando de cruzar el Salado. Sobre esto habíamos hablado estensamente con el General Sarasti, y en

e

nuestro cambio de ideas habíamos estado uniformes. Nada decisivo se acordó, y se me propuso otra conferencia para el día siguiente con asistencia de los Generales Darquea y Lizarzaburo. Acepté, y en varias sesiones del nuevo Consejo se adoptó la resolución de ocupar las alturas indicadas y se acordaron los detalles para consumar el ataque al finalizar el mes. Yo elegí para mí el nuevo campo de operaciones y se fijó que el 28 me pondría en marcha con mi ejército, con parte de la artillería. Las canoas para cruzar el Salado, me seguirían inmediatamente. En ese intermedio recibí un posta del Jefe Civil y Militar de Manabí el cual me avisaba la llegada del armamento contratado con el señor Kelly, y la organización de una División de voluntarios que inmediatamente se iba á poner en marcha para Mapasingue. Entonces propuse esperar la llegada de ese refuerzo que estaba ya en camino. El General Salazar opinó que el refuerzo no era despreciable y que debía aguardarse su llegada. Con tal motivo, suspendiose mi marcha en el día acordado. El contrato de armas y parque celebrado con Kelly fué de una utilidad inmensa en la campaña, y me permitió la ocasión de darle al General Sarasti 300 bayonetas-sables de que carecía en el ejército restaurador, y los remington que me pidió, especialmente unos 40 para el *Escuadrón Sagrado*, compuesto de jóvenes notables y entusiastas. Al Coronel Barrezneta le dí 110 rifles de aguja y parque, para que las entregara á una de las columnas de los valerosos machaleros que estaban nominalmente armados.

Continuaban comunicando los amigos de Guayaquil que el Dictador recibiría armamento precisamente en el vapor del 4 de Junio, y todo el mundo dió en escribir y en aconsejarnos que debíamos tomar los cerros del Salado, los mismos que iban á ser el teatro de mis operaciones. Había yo enviado dos pequeñas partidas de baqueanos de confianza con el fin de reconocer las inmediaciones de esas alturas. La una regresó sin ver nada, y la otra retrocedió ocultamente al divisar unos soldados de la Dictadura.

En virtud de insinuación del General Salazar, envié otra

partida compuesta de seis soldados y un oficial de la 3.<sup>ra</sup> División, á explorar el estero Salado por otro lado mas lejano. Esta última pereció por haberse el oficial desviado de la ruta señalada por el Coronel Avellán.

El armaniento anunciado lo habría recibido precisamente Veintemilla si en el Istmo no hubiera tenido yo buenas relaciones, y entre otros amigos al señor R. R. Vallarino, Ajente confidencial del Gobierno de Manabí y Esmeraldas.

El ejército restaurador que al principio había estado interpolado en mi campamento, estableció sus toldas en la sabana entre mis posiciones y la línea del cerro de Santa Ana.

El 30 de Mayo esperaba en Mapasingue la división de reserva de Manabí, que venía al mando del Coronel Centeno.

Muchos liberales que había en el otro ejército me rogaron encarecidamente que los admitiera en el mío; pero por delicadeza, me negué á ello y les aconsejé que sirvieran con buena voluntad donde estaban.

Antes de rayar la aurora del 30 de Mayo, mi amigo don Juan Gamarra, recién llegado de Guayaquil, me dió aviso de que los vapores enemigos habían avanzado. En el acto me cercioré de la realidad de la noticia, y mandé uno de mis ayudantes á donde el General Sarasti, á comunicarle lo que ocurría y á solicitar de él que me permitiera disponer de un cañoncito rayado de á 6 que aun no se habían llevado de mi campamento. Evidentemente parecía que el enemigo se proponía atacar la flotilla que estaba en Barranco Blanco y cortar nuestras comunicaciones con Yaguachi y Babahoyo. Apenas recibí la contestación del General Sarasti me puse en marcha con el cañón que estaba á cargo del Mayor Coulet, para desalojar á los vapores de su nuevofondeadero. Avanzamos bastante y elegido un lugar seco en la orilla del río, mande hacer alto, y preparar el cañón. El doctor Borja se permitió indicarme que había visto un lugar mejor más adelante; y al fijarme en su temeraria indicación, lo reconvine con bastante dureza.

Iniciado el cañoneo, los tiros quedaron cortos; los saquitos de pólvora estaban escasos dijo uno de los artilleros; no me quedó otro recurso que seguir el consejo de mi subsecretario de Gobierno.

Nos pusimos en marcha. Encontramos un estero donde fué preciso desarmar el cañoncito que lo pasamos en canoa. En el tránsito mandé un recado al campamento aliado indicando que por la pampa pusieran en acción su artillería para evitar que del cerro nos acribillara el enemigo con sus fuegos. Ignoro si recibieran este recado. Dejamos atrás la casa de la hacienda de *Aragóné* y llegamos al sitio de que me había hablado el doctor Borja, que encontré más que bueno. Puse los vijias necesarios y señalé el lugar que debía ocupar el cañoncito. Un estero me ponía á cubierto de cualquier sorpresa del enemigo por tierra; designé al mayor Duran como artillero, para que ayudase á Coulet. Nuestra proximidad al cerro de Santa Ana frente á las baterías enemigas del Telégrafo y la Pólvora que estaban bien artilladas, fué demasiado imprudente por la manera como se verificó. Desde el punto elegido teníamos á la vista los vapores Huacho, Manabí, Santa Lucía, Chimborazo y América fondeados en línea. Ordené que se pusiera la puntería exclusivamente al "Santa Lucía". Se rompieron los fuegos. El segundo cañonazo del Santa Lucía, por poco nos causa un destrozo de gran importancia. Nuestros primeros tiros quedaron cortos. Entonces designé al Coronel Pallares para que se fijará en el curso de las balas de nuestro cañón, y señalára alzar ó bajar la mira, operación sencilla porque por el rebote que hacía el proyectil en el agua determinaba su dirección y alcance. Mi Ministro de Guerra y Marina, en medio de una granizada de proyectiles, cumplió con la serenidad y valor de siempre, su comisión á mi entera satisfacción. Gradualmente fué ordenando alzar la mira que llegó á señalar 6,000 metros cuando la distancia que mediaba al punto objetivo era menos de la mitad. Hubo pues que ir graduando los tiros á ojo de buen cubero, porque los saquitos no correspondían al calibre, ni la mira que entiendo no era del cañón. Felizmente en la mayor parte de las bate-

rías contrarias, sucedía otro tanto. Los fuegos del *Santa Lucía* y *Chimborazo* eran bien dirigidos; los de los otros vapores no causaban más efecto que si hubieran sido simples salvas.

De la línea del cerro, los primeros tiros del cañón de á 60 pasaron por alto, y los posteriores visitaron el lugar que ocupábamos, lo mismo que los tiros de otro cañón que por la dirección de los proyectiles juzgo estaría al pié del cerro ó por las Peñas. Los demás cañones del Telégrafo y de la línea, visibles, no nos causaron mayor alarma, porque por lo general llevaban mala puntería. Los que eran bien dirigidos, como los tiros traían una declinación grande, solamente por casualidad podían causarnos daño en su primer rebote; como sucedió con una bala de á 60 que cayó á menos de cuatro varas del cañoncito. Poco faltó para que lo destrozara, pero por fortuna no nos causó daño ninguno, y siguió su trayectoria nuevamente por alto. Algunas balas quedaron enterradas en el estero y en las inmediaciones cuando caían sobre pantanos. De nuestra parte habíamos visto que dos tiros habían dado al *Santa Lucía* y varios en sus inmediaciones. Muchos jóvenes de ambos ejércitos concurrieron oficiosamente á este combate, y antes de terminar llegó el General Salazar. Entre los jóvenes estaban Borja, Gamarra, J. A. Marin, Alamiro Plaza, Pácifico Chiriboga, Estrada, Sucre, Enrique Morales y otros mas cuyos nombres no recuerdo en el momento. Durante el combate manifestaron el más vivo entusiasmo, y todos se retiraron complacidos de haber visto y sentido pasar por sobre sus cabezas multitud de proyectiles de los cañones enemigos.

Los vapores de la Dictadura levaron anclas y emprendieron la retirada; en su marcha el *Chimborazo* nos hizo fuego hasta lo último. Cumplida nuestra misión cesaron los fuegos por completo, y nos retiramos también en unión de una columna de los simpáticos y bravos machaleros que habían sido mandados para darnos apoyo en caso necesario. En esos instantes oí nuevamente fuego de artillería hacia el otro extremo del Cerro. Cuando salía á la pampa de Mapasingue, el cañoneo por ese lado

estaba en lo mejor. El General Salazar se despidió de mí para ir á ver lo que ocurría, y yo me volví para mi campamento á abrazar á los voluntarios de Manabí que habían principiado á llegar poco después de mi salida de él. Se me dijo que habiendo oido el cañoneo por la orilla del rio Daule, viendo el fuego que se nos hacía del Cerro, habían sacado su artillería para llamar la atención del enemigo por ese lado. No habiendo objeto en continuar el nuevo cañoneo, fué suspendido. También mandaron los Restauradores una ametralladora con un buen retén de infantería para flanquear al enemigo en el caso de que hubiese intentado apoderarse del cañoncito que yo situé en *Aragóné*: medidas todas muy acertadas; previsión digna de elogio.

He ahí la relación de lo que á mí me consta sobre el cañoneo de *Aragóné*, que se verificó en la mañana del 30 de Mayo de 1883.

Ahora veamos el parte oficial que sobre el mismo combate pasó el empleado respectivo al Pentavirato, el cual está publicado en el número 22 de *El Nacional*, correspondiente al 9 de Junio. Dice así:

BOLETIN NÚMERO 28

*Quito, Junio 5 de 1883.*

República del Ecuador.—Estado Mayor general del Ejército Mapasingue á 1.º de junio de 1883.

Al H. señor Ministro de Estado en el despacho de Guerra y Marina.

Habiéndose observado que ayer, desde las primeras horas de la madrugada, se movían los vapores de la flotilla enemiga cargados de tropa armada, el señor General Director de la Guerra \* ordenó que uno de nuestros cañonés avanzase hasta un punto denominado "Las Palmitas" y los cañonease. Esto se verificó con tan buen resultado, que, dos horas después, la flotilla se retiraba á Guayaquil, llevándose al "Santa Lucía" remoleado; pues sufrió tres cañonazos, que le habían causado grave daño.

\* Alude al General Salazar.

Como le he dicho á US. H. sólo entró en combate uno de nuestros cañones, cuando el enemigo tenía toda su escuadrilla y esta era apoyada por todas las baterías de la línea. Los soldados de la libertad van siempre adelante, y, después de pocos días, no habrá esclavos en la República.

Dígnese US. H. comunicarlo al Supremo Gobierno Provisional.

Dios guarde á US. H.

*Carlos Pérez Quiñonez*

A su turno veamos también lo que sobre el mismo hecho de armas dice el Comandante en Jefe del ejército aliado.

República del Ecuador.—Miembro de Gobierno Provisional y Comandante en Jefe del Ejército.

H. señor Ministro de Estado en el Departamento de la Guerra.

Como contemplo la inquietud que debe reinar en la República, en los actuales momentos supremos, tengo por conveniente comunicar al Gobierno que nuestro Ejército se halla perfectamente organizado y acampa hoy al frente del enemigo, haciendo temblar con su presencia las fuerzas del Dictador. Nuestras operaciones, de acuerdo con el señor General Director de la guerra, se dirigen exclusivamente á buscar los medios de vencer, evitando los daños que en el combate pudiera recibir nuestro ejército. Hoy se inician nuestros movimientos, y, según la combinación que hemos hecho, parece que la plaza de Guayaquil estará tomada dentro de cuatro días.....

El día de ayer fueron rechazados los vapores del Dictador, por los fuegos de uno solo de nuestros cañones que el General Alfaro sacó á la orilla del Danle: todos los vapores y las baterías del Cerro hicieron fuego sobre esta pieza; pero dicho general, los jóvenes que le acompañaron y el General Salazar, que se les unió durante los fuegos, miraron con imperturbable sangre fría ese ataque desigual y permanecieron firmes, dirigiendo los disparos contra los vapores. Mientras tanto el general Reynaldo Flores, con el objeto de proteger el expresado movimiento, colocaba tres piezas de artillería y una ametralladora en la pampa de Mapa-



singue, para amagar la línea del Cerro de Santa Ana y llamar la atención del enemigo, distrayendo los fuegos de las baterías del Cerro. Rotos los fuegos sobre el enemigo, este dirigió sus tiros sobre nuestro costado derecho, en donde estuve presente, habiendo cesado de una manera absoluta el fuego de los vapores, que se retiraron, abandonando el campo, por haber recibido algunos daños el vapor "Santa Lucía." Habiendo cesado los fuegos en toda la línea, ordené retirar nuestras fuerzas de artillería á su respectivo campamento.

No dudo, señor Ministro, que el valor de nuestros soldados destruirá bien pronto al enemigo en sus trincheras, completando así la gloriosa campaña contra el Dictador.

Libertad y Orden.

*José María Sarasti.*

Cuartel General en Mapasingue, á 31 de Mayo de 1883.

El estudio y comparación de ambos documentos en relación con la función de armas que relatan, pone de relieve el carácter y la tendencia de los Restauradores jenuinos. Del sentido literal de la primera nota se desprende que yo no tuve arte ni parte en el combate del 30 de Mayo, desde el momento en que todo lo atribuye al General Salazar; mientras tanto, la otra nota, la del General Sarasti, manifiesta con frases inequívocas quién fué el iniciador y ejecutor de esa operación. Ambos documentos están publicados en *El Nacional* de Quito, órgano oficial del Gobierno del Pentavirato. Véase el número 22 correspondiente al 9 de Junio de 1883.

Sin la vital importancia de actualidad que entrañaba la nota del General Sarasti, se habría omitido su publicación, y en tonces habría quedado campando solo la otra famosísima nota que tan huraña se presenta con la verdad. Cuando yo la leí, no pude menos que decir: ¿cómo será la historia del país escrita con el testimonio de esa jente? Un hecho de armas, relativamente insignificante, desfigurado furtivamente en el

mismo día en presencia de millares de testigos y de actores sin escrúpulos de ninguna clase? Como contraste, recuerdo esta circunstancia. El Coronel José Rosendo Carbo, primer ayudante del Estado Mayor General del Ejército de mi mando, me presentó para que viera si había algo que aumentar ó corregir al borrador de la orden general del día 30 de Mayo que daba cuenta del combate de *Aragóné*, y como testigo de las operaciones que relataba, expresaba, poco más ó menos, esta circunstancia: “*después de haber cesado los fuegos en la orilla*, la artillería aliada llamó la atención del enemigo con sus fuegos por la sabana.” Allí le interrumpí y le dije: “varie usted ese párrafo y póngalo así: *antes de cesar los fuegos en la orilla* llamaron la atención por la sabana &c.” El Coronel Carbo se resistía á esa modificación porque no era exacta, y cuando le dije: *seamos corteses con nuestros aliados*, obedeció mi mandato. Como no tengo en mi poder dicha orden general, no puedo repetir las mismas palabras; pero en sustancia ocurrió el incidente tal como lo relato, y en ese sentido se publicó en la tarde de ese día la orden general del ejército, de la cual sacaron la copia de costumbre en el ejército restaurador. A mis aliados los consideraba contentos por mi deferente atención en la citada orden, y no era posible que pudiera imaginarme jamás que se atrevieran á desfigurar una función de armas que, aun que sencilla, no reflejaba en favor de ellos ni por la iniciativa ni por la ejecución. Consigno el hecho; y quien dude de la existencia de las dos notas contradictorias lea el periódico oficial del Pentavirato de Quito. Repito: véase *El Nacional* número 22, del 9 de Junio, sección *Ministerio de la Guerra*, Boletín número 28. Desde luego se comprenderá que el trascurso del tiempo es el que me permite la facilidad de estampar documentos publicados en fechas posteriores al acto mismo de relatar los sucesos.

Por ese tiempo principié á sentir los efectos de los trabajos tenebrosos de los enemigos de la concordia entre los buenos ciudadanos.

De Guayaquil anunciaron la formación de un fuerte batallón de *voluntarios*, compuesto de bomberos, para defender la ciudad contra los opresores de escuela. Cuando estaba solo con mi ejército esos bomberos se habían negado a servir á la dictadura. Hubo confusión, desgraciada consecuencia de recuerdos tris-tísimos, á la vez que promesas falaces del Dictador acompañadas con amenazas de violencia.

Mientras tanto por mi lado recibía un refuerzo de 600 voluntarios Manabitas, bien armados con rifles de remington, 100 cajas de cápsulas y 300 remingtons sobrantes para uniformar el armamento de mi ejército. Estas fuerzas las componian el batallón *Montecristi* con las columnas *Rocafuerte* y *Portoviejo*. Con ellas formé la 4.ª División para cuyo mando designé al Coronel Juan F. Centeno.

Entonces llegué á tener en Mapasique más de 2.000 hombres bien armados, entusiastas y desesperados por combatir y triunfar para volverse á sus casas.

Como iban á abrirse operaciones decisivas, Don Manuel Semblantes Ministro de lo interior y relaciones exteriores, me exigió un puesto en el ejército, y le dí el mando del batallón *Montecristi*.

En otra publicación terminaré mi compendiada narración histórica. También me ocuparé en ampliar más mi Manifiesto oficial en la parte que toca á la inversión de los caudales públicos que administró el Gobierno de Manabí y Esmeraldas, que tuve la honra de presidir: mi propósito no es replicar á los Publicanos de estos tiempos, por que el juicio de los nombres de bien coloca á cada cual en su lugar; sino consignar pruebas fehacientes que demuestren palpablemente hasta dónde ha llegado la pasión por intereses en esos leprosos del alma que se han in-puesto la nefanda tarea de difamar el desinterés y la abnegación, de que ha dado pruebas el partido liberal.

ELOY ALFARO.

Panamá, Mayo 30 de 1884.